

LIBROS

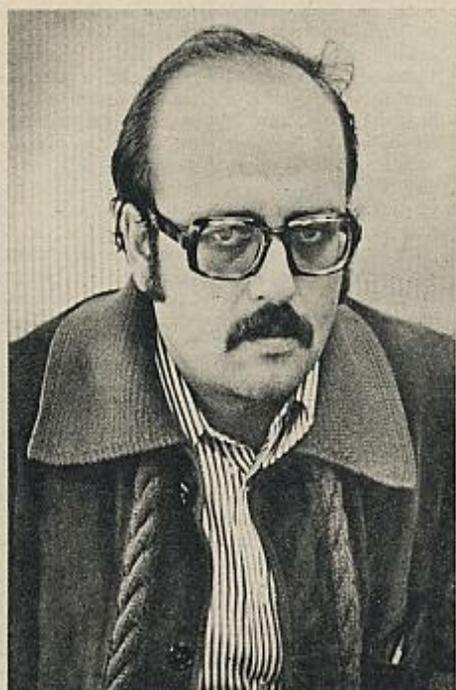
La postnovelística de Vázquez Montalbán

Recordando a Dardé fue la primera incursión pública de Manuel Vázquez Montalbán en el campo de la narrativa, a unas alturas en que su nombre había traspasado las fronteras del semianonimato que cercan a la generalidad de los escritores de nuestro país, gracias a una brillantísima actividad en el campo del periodismo. Aquella novela ensayaba unos temas prácticamente inéditos en España, y que podrían definirse, aproximadamente, bajo el epígrafe de «política-ficción». Precisamente con este lema, Vázquez Montalbán mantendría durante algún tiempo una sección en las páginas de un diario vespertino barcelonés.

La estructura narrativa de Recordando a Dardé (1) denunciaba unas segundas, terceras y hasta cuartas intenciones, de forma más explícita que implícita, a lo largo de la acción. Los personajes cumplían la misión de representar, con una buena dosis de deformación grotesca, arquetipos, actitudes o mentalidades alienadas, sin excepción y según su autor, por las normativas sociales. Naturalmente, Vázquez Montalbán no pretendía una simple renovación formal de la novela psicológica, naturalista o intelectual; más lejos se encontraba aún del relato surrealista o del absurdo y de cualquier otra clasificación que los críticos hayan (o

hayamos) utilizado para cuadrar el campo de la novela y facilitar su (nuestro) discutiblemente útil trabajo. Su pretensión se situaba a un nivel muy distinto, en mi opinión. Por una parte, introducir en el cuerpo narrativo cierta filosofía de la política; por otra, hacer jugar una serie de referencias culturales como medio para obtener un retrato moral y sentimental del hombre de nuestro entorno. Estas referencias a barcaban desde la llamada «subcultura» a las más refinadas matizaciones del especialista en determinadas materias. En resumen, se trataba de poner en solfa narrativa aquellas preocupaciones que se transparentaban a través de su trabajo como periodista. Difícil simbiosis, en cuya búsqueda no estaba ausente una conciencia de la necesidad de superar las divisiones en géneros estancos del trabajo literario.

Yo maté a Kennedy (2), su segunda novela, vuelve a plantearnos dilemas parecidos a los de la anterior. En primer lugar, a Vázquez Montalbán se le ha quedado estrecha, por aséptica y ambigua, la definición que el Diccionario de la Real Academia ofrece sobre el vocablo novela: «Obra literaria (en prosa), en la que se narra una acción fingida en todo o en parte, y cuyo fin es causar placer estético a los lectores por medio de la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes, de caracteres, de pasiones y de costumbres». Aún podría aceptarse la primera parte de la definición (en cuyo honor el crítico clasifica la obra narrativa de Vázquez Montalbán dentro del género), pero los fines de nuestro escritor no son, evidentemente, los de «causar placer estético», cualesquiera que sean



los medios, ni siquiera el narrar «una acción fingida en todo o en parte». Sus fines desbordan tales limitaciones, conducidos por la voluntad no ya de crear y describir un mundo novelístico propio, sino de ofrecer una serie de claves que permitan al lector clarificar, en la medida de lo posible, lo que comúnmente llamamos el «mundo de la política».

La técnica utilizada en esta ocasión por Vázquez Montalbán para la obtención de los citados fines se apoya en una ficción narrativa muy leve que, en último extremo, no es tal: se trata de construir una acción sobre unos hechos históricos objetivamente ciertos. El asesinato del Presidente Kennedy es el eje a cuyo alrededor gira una larga serie de personajes que portan nombres de personas reales, pero cuya personalidad ha sido compuesta de acuerdo con una visión aguda, humorística a veces y otras descarnada, casi cruel, de los datos que para construir su imagen nos facilitan a diario los medios de comunicación de masas. Esta técnica se concre-

ta en las impresiones (antes que memorias, ya que no hay apenas progresión dramática en la narración ni enlaces argumentales entre las varias decenas de calas en una supuesta realidad oculta) de un imaginario guardaespaldas del presidente asesinado.

Este guardaespaldas, con un turbio pasado revolucionario en su país de origen, separado de su mujer, padre de una niña, con estudios universitarios y unos cursillos acelerados de formación política, es quizá el único personaje del relato que presenta cierta caracterización psicológica. En determinados momentos (la novela está escrita en primera persona por este personaje), el lector incluso puede adivinar un trasfondo autobiográfico; claro, que no en la serie de acontecimientos, situaciones o interrelaciones que la novela plantea, sino en la conformación sociológica del personaje, manipulado, por una parte, por los citados medios de comunicación de masas e inmerso en las típicas contradicciones que se adueñan de todo intelectual en la ac-

tual sociedad de consumo, mientras que, por otra, hace gala del cinismo, la corrosión y la lucidez que le confiere su rol de siervo proveniente de un país subdesarrollado, colonizado por las patentes y espolado en sus represiones por el espejismo de las libertades foráneas. Veamos, si no, el siguiente diálogo entre Pepe Carvalho —el guardaespaldas gallego— y su instructor en la CIA, mister Phileas Wonderful:

—Tiene usted —dice Wonderful— la formación crítica de Isaac Deustched y el sex-appeal de John Gavin.

—Lo reconozco —le replica el otro—. Y, además, la encantadora brutalidad de las juventudes hitlerianas.

El personaje de Vázquez Montalbán aprovecha el relato para reflexionar, ironizar, despotricar o pontificar sobre todo lo humano (a lo que parece, lo divino no le interesa). De este modo, sólo en las primeras cincuenta páginas de la novela, se emiten juicios sobre actos o sucesos referidos a los siguientes personajes políticos —cuando no sobre ellos mismos—: Allan y Foster Dulles, Lincoln, Molotov, Hoover (el del FBI), Fidel, Kruschchev, Mao, Lady Bird, De Gaulle, Hitler, etcétera. Las fuerzas del espíritu están representadas por Monseñor Cushing, San Francisco de Sales, la Paramount y Fray Junípero Serra. Hay personajes de ficción universalmente famosos, como Caín y Abel, la princesa Anastasia, Blancanieves y James Bond. Los representantes de la sociedad literaria son numerosos, desde James Baldwin hasta el Arcipreste de Hita o Kant; desde Tennyson hasta Otrovscky; desde Ethel Merman, Hemingway (que reaparecerá en Happy End) o Truman Capote, hasta Leo Spitzer, Marx,

Pierre Vilar, Rousseau o Voltaire. Sin olvidar a los mitos de nuestro tiempo: Toni Sailer, James Cagney, Elia Kazan, Pau Casals, la Begum, Henry Ford o los popularísimos «celtas» de la Tabacalera ayer.

Hasta tal punto me parecen decisivos estos personajes, servidos según una particular interpretación de los mass media en el conjunto de la novela, que me inclino por creer que Vázquez Montalbán hubiera obtenido resultados más corrosivos ordenándola como un diccionario enciclopédico biográfico. En cualquier caso, se echa en falta un índice de personajes, con unas breves líneas descriptivas, al final del libro.

En Happy End, tercera y última novela por ahora de Vázquez Montalbán (3) vuelven a utilizarse la mayor parte de los recursos de las dos anteriores, pero dotándolos de una mayor solidez narrativa por medio de una estructura que atiende, en mayor grado, la anécdota argumental: Happy End es la historia de un hombre que pretende, sin demasiada fortuna, ser Humprey Bogart, de un interlocutor apellidado Usted y de una mujer fugaz o fugitiva, según el talento de Bogart y de Usted. En la búsqueda de un imposible «happy end», de una imposible parcela de paraíso o de absoluto, en un período de entreguerras universales o perpetuas, aparece de vez en cuando, como un solícito huésped, la estrella invitada, Ernest Hemingway, tratando de proclamar la clave de la felicidad: «aprender a pescar», según nos dice la nota editorial. Se insiste, pues, en la utilización de los mitos de nuestro tiempo para crear una ficción cuya última intencionalidad sigue siendo, también, no el pro-

(3) La Gaya Ciencia, Barcelona, 1974. 101 págs.

(1) Seix Barral, Barcelona, 1969. 210 págs.

(2) Planeta, Barcelona, 1972. 183 págs.

## NOVEDADES

### ZERO, S. A. Editorial

4.º MUNDO (Emigración española en Europa)  
A. Sorel. 130 ptas.

Informe esclarecedor sobre la situación de los emigrantes españoles en Europa, puesta de actualidad con las medidas tomadas por la C.E.E. respecto a ellos.

LA PRIMERA INTERNACIONAL EN ESPAÑA.  
Juan Gómez Casas. 100 ptas.

Estudio sobre la Primera Internacional en España. Se presenta también una antología del «proletariado militante», de Anselmo Lorenzo.

ESCUELA Y CONCIENCIACIÓN. J. Javier Echevarría. 30 ptas.

Experiencia realizada en Francia según los métodos pedagógicos de Freire, Illich, Freinet, etc. La toma de conciencia, si no lleva a la acción, es estéril.

PEOPLETOWN. S. Mirko. 60 ptas.

Antinovela desmitificadora del Oeste americano, con un claro alcance pacifista y anti-imperialista.

### A. REDONDO, Editor

LA ESCUELA CONTRA LA VIDA. E. Gilliard. 80 ptas.

Duro ataque a la escuela como instrumento de deformación de los niños.

¿ALTHUSSERISMO O MARXISMO? H. Cardoso. 30 ptas.

Estudio de la posición mantenida por Poulantzas respecto a las clases sociales.

SIGNIFICADOS DEL VALOR DE USO EN EL CAPITAL. R. Banfi. 40 ptas.

Aunque en Marx no existe una teoría del valor en el sentido clásico, el valor de uso ocupa en El Capital un lugar importante.

BURGUESÍA, REGIONALISMO Y CULTURA.  
J. C. Malner. (En preparación.)

Estudio de dos revistas regionales («Revista de Aragón» y «Hermes») en dos momentos clave de la toma de conciencia regionalista de la burguesía.

Para pedidos, dirijase a su librero habitual o a:

ZYX, S. A. DISTRIBUCIONES,  
Lérida, 80. Teléfono 279 71 99.  
MADRID-20.

Distribuidor exclusivo de  
ZERO, S. A. Editorial y A. REDONDO, Editor.



vocar un placer estético, sino una reflexión política en el lector. Sirviéndose de una técnica narrativa muy similar a la usada por Camus en *La caída* (el narrador cuenta su vida a un interlocutor anónimo, cuya única función consiste en justificar la propia narración), Vázquez Montalbán se aleja de cualquier tipo de disquisición metafísica y se centra en una filosofía bien distinta de la que caracterizaba al difunto Premio Nobel franco-argelino. Una filosofía encaminada a esclarecer las relaciones del hombre con su tiempo, a reflejar las alienaciones provocadas por un entorno de rutilante superficie y duras realidades. Los «males del alma» no parecen preocupar, por el momento, a Vázquez Montalbán, y es esta una despreocupación que a este anotador le parece, cuando menos, bien. Condenado a buscar el «final feliz» sin descanso como único medio para sentirse realizado en un mundo que se sabe hostil e implacable, el narrador de Vázquez Montalbán sufre inevitablemente las consecuencias de sus actos. Ya lo decía Ortega: «Yo soy yo y mi circunstancia». Aunque Vázquez Montalbán antes parece decir: «Yo no soy sino la circunstancia política de mi tiempo». Un tiempo nada estimulante, por lo demás.

Como dato curioso, no falta en *Happy End* uno de los más característicos «leit-motiv» de Vázquez Montalbán. La referencia a aquella vieja canción de Concha Piquer que habla de un extranjero «alto y rubio como la cerveza», aunque esta vez levemente modificada.

En su conjunto, creo que la obra narrativa de Vázquez Montalbán ilustra el sueño de aventura del hombre de nuestros días. Días en los que la aventura ya no es posible sino para algunos privilegiados cuya mitificación alimenta nuestras ansias y desesperanzas. La misma aventura de escribir una novela como

Dios manda ya no parece posible.

De ahí el título que he puesto a estas notas. He utilizado el término novela al referirme a los tres libros de Vázquez Montalbán como una convención para entenderme con el lector. Pero creo que los tres libros son objetos culturales fabricados con el convencimiento de que la ficción literaria, impregnada en mayor o menor grado de humanismo, pertenece a épocas distintas de la que vivimos. Nos encontramos en la era de la posnovela, o quizá de la prenovela, como preferiría, lamentablemente, aquella parte de mí mismo que sigue creyendo en la eficacia de la literatura en cuanto manifestación cultural destinada a hacer más claro el mundo para el hombre. Aunque, después de todo, quizá sea esto precisamente lo que persiga Vázquez Montalbán en sus libros, en cuyo caso, el lector puede prescindir tranquilamente de las presentes alforjas. ■ MARTIN VILUMARA.

### Duncan Mitchell: Una esperanza frustrada

Recientemente ha aparecido en los escaparates de las librerías una «Historia de la Sociología». La novedad editorial ha producido un gran alivio en los más optimistas y una esperanza en los más avezados. La carencia de una auténtica «Historia de la Sociología» es una necesidad cada vez más sentida cuando se engrasan las filas de los que, en manifestación sado-masquista, intentan discurrir por los campos, más estériles que en barbecho, de la sociología y disciplinas afines. El voluntario o forzoso interesado de estas materias tiene que seguir en la búsqueda de los autores de un sinnúmero de libros desperdigados o continuar apegado a textos clásicos de esta materia como el Timashef o el Martindale, no muy bien orientados y además ya anticuados. Los intentos he-

chos por algunos sociólogos indígenas tampoco han sido muy afortunados. Por todo esto, es por lo que se tenían puestas las esperanzas en la «Historia de la Sociología», firmada por G. Duncan Mitchell (Guadarrama). Sin embargo, las esperanzas se han visto frustradas.

Por mucho que busquemos la teoría sociológica de Ralf Dahrendorf, Horkheimer, Adorno, Levi-Strauss, Mills, Tourine, Lefebvre, Konstantinov o cualquier otro preboste de la sociología actual no encontraremos más que pequeñas referencias, puntos de comparación o alguna crítica procedente de estos autores, ¡si es que los encontramos! Mucho menos veremos referencias completas de las escuelas en las que éstos son representantes o, sin más, cualquiera de las directrices académico-ideológicas que en los últimos años ha marcado la pauta en Berkeley, Frankfurt, Nanterre, o cualquier otro centro académico desde donde han irradiado nuevas corrientes y directrices de la teoría sociológica.

En realidad, el libro de Duncan Mitchell es una obra con una sencillez y claridad bastante pedagógicas, que ofrece una visión de las diversas escuelas bastante aceptable, si con una dosis de suficiente buena voluntad llegamos a admitir que se puede prescindir sin más del marxismo como corriente de interpretación de la realidad social, y siempre que tampoco pretendamos enterarnos de cuál es la sociología moderna; o sea desde hace unos treinta años a la actualidad. Esa fue la intención del autor y podemos considerarla como cumplida. Duncan Mitchell, de acuerdo con sus intenciones, tituló originalmente su obra como «Cien años de sociología», y de acuerdo con este título y con las salvedades anteriores, nadie se puede considerar defraudado.

La parcial «Historia de la Sociología», de Mitchell, está complementada por un apéndice del catedrático español Castillo, que deno-

mina en el índice «apuntes para una historia de la sociología española» y que en su contenido está también muy alejado de ser lo que titula. Se trata de un ameno y bien escrito artículo sobre la sociología industrial en España con algunas ideas agudas sobre la sociología española, pero tan alejada como el resto de los dos tomos que constituyen la obra de ser una auténtica historia de la sociología. Por otro lado, la visión de Castillo de la sociología industrial española no deja de ser parcial con ciertas dosis de apego al «amiguete» y al quedar bien con quien se tiene que quedar de ese modo, y un tanto de olvido de otras aportaciones diferentes a las del viciado círculo universitario. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

### Sevilla: El extraño caso del Premio Ateneo

Que los premios literarios están en decadencia, al menos en cuanto ello se refiera a la propiciación de nuevas novelas de una cierta talla, o a la aparición en la palestra de nuestras desasistidas letras, de nuevos autores, es algo que ya se ha mencionado muchas veces. También se ha dicho, en muchas ocasiones que, generalmente, la novela digna de premio en tal o cual concurso, debía haber sido la que queda finalista.

Estos dos asertos se han cumplido perfectamente en el fallo del VI Premio de Novela Ateneo de Sevilla. Aquí, en Sevilla, ciudad tantas veces exhibida como folklórica, se ha llegado al montaje de un perfecto «show» folklórico en torno a un premio literario. Y aquí también, según han dicho integrantes del Jurado del Premio, la finalista debió ser la novela ganadora.

José Manuel Lara Hernández, el sevillano de El Pedroso con residencia en Barcelona desde hace años, tiene ya experiencia en lances semejantes: no en